

EL DIA

AÑO III - Nº 110
Montevideo, Noviembre 25 de 1974.

Alta de la playa de Malvín, desde Punta Gotda

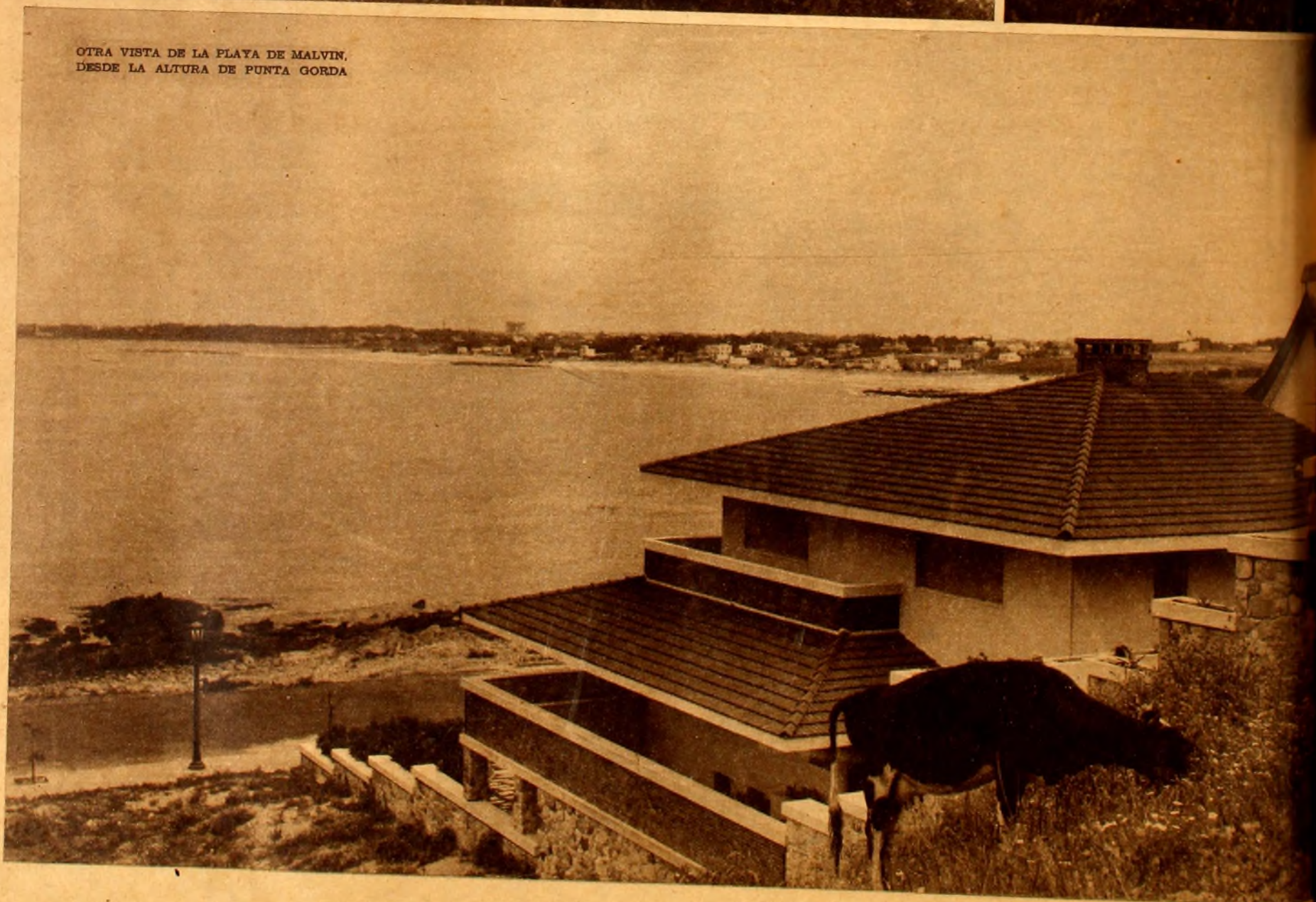
FOTO J. Caruso



COLONIA ESCOLAR EN EL BALNEARIO
DE MALVIN



DESDE LA ALTURA DE PUNTA GORDA.
VISTA DE LA PLAYA DE MALVIN



OTRA VISTA DE LA PLAYA DE MALVIN,
DESDE LA ALTURA DE PUNTA GORDA

Malvin y Buceo

MUSEO OCEANOGRAFICO, INSTA
EN EL EDIFICIO MORISCO DEL

PLAYA DEL BUCEO, VISTA DESDE EL
MINARETE MORISCO



PUERTITO DEL BUCEO, UNO DE LOS
LUGARES PINTORESCOS DE LA HERMO-
SA PLAYA



PLAYA DE MALVIN, AL FONDO. EN EL
PRIMER PLANO, ROCAS PREFERIDAS POR
LOS PESCADORES



Obras del Escultor Nacional **JOSE BELLONI.**



Monumento a Maria Eugenia Vaz Ferreira.



La carreta.

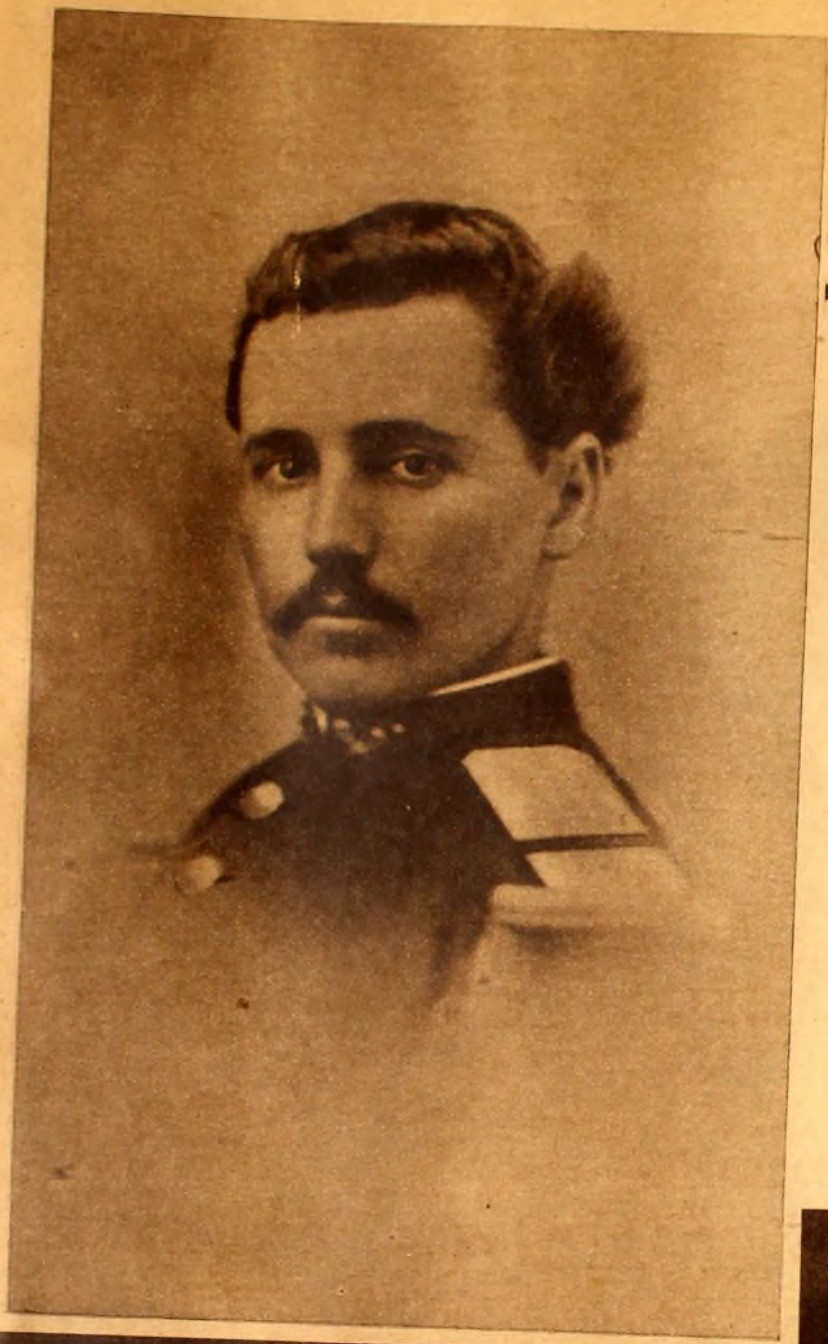


La carreta.

El Toro. (detalle).



La explosión del Cuartel de Artillería



La explosión de municiones ocurrida en el Cuartel del Regimiento de Artillería, el 9 de Noviembre de 1877, puso una nueva e intensa nota de tragedia en la por aquellos años trágica, vetusta y descuidada plaza de los Treinta y Tres.

Por ese nombre, entonces, no la conocía nadie y sólo era plaza de los Treinta y Tres en el nomenclátor oficial.

Ahora mismo, para muchos, continúa siendo la plaza Artola, de antes.

Encuadrada por barracones, depósitos y caballerizas que alternaban con azoteas sórdidas y casuchas miserables, las paredes que miraban al poniente eran —puesto a salvo el honor de los comunistas vencidos del 71— algo así como el famoso y fatídico "Muro de los Federales" en el cementerio parisien del Père Lachaise.

SUBTENIENTE DE ARTILLERÍA, ANDRÉS PÉREZ, ÚNICO OFICIAL QUE PERECIÓ EN EL SINIESTRO. — Fotografía Bate y Cía. Montevideo. (Colección del autor)

UNA PARTE DE LA CUADRA BAJA DEL FRENTE A LA CALLE MINAS. Vista tomada el día 10 de Noviembre de 1877. — (Fotografía Bate y Cía. Montevideo. (Colección del Sr. Elías L. Devincenzi)

Contra esa pared iban fusilados ya quien sabe cuantos infelices reos, algunas veces a cuatro como en el crimen que costó la vida al doctor Feliciangeli.

La explosión del 77, realizó, como dice la nota siniestra del sitio con sus veintinueve muertos y un casi centenar de heridos.

Reservábase todavía el destino, pasado por el episodio bélico del 4 de julio de 1898 — la tacha de perpetua infamia puesta en el Cuartel de Bomberos, — esquina de la plaza — por los bandoleros políticos del 31 de marzo, forzando a la República — libre y honrada — a convertirse en desgraciada conurbina de un Dictador.

* *

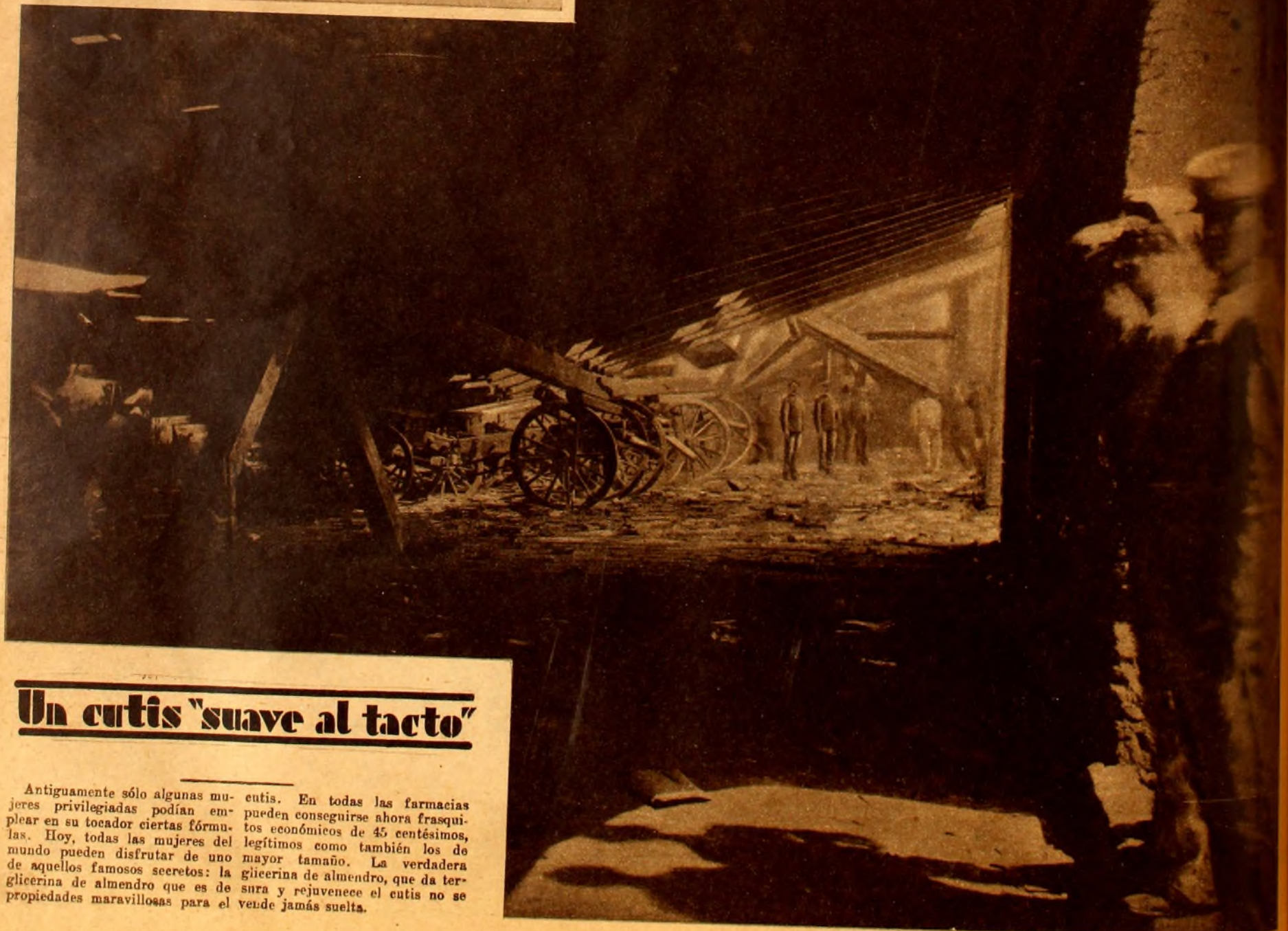
La verdad oficial manifestó, en su oportunidad, a raíz de la catástrofe, a quien expone la culpa de lo ocurrido en aquella dolorosa tarde de noviembre.

Existen dudas, sin embargo, acerca de la verdad, de esa "verdad oficial".

El pretendido culpable, aparece, cuando menos, como "el único oficial que no pudo hablar".

Según el parte elevado al Estado Mayor General del Ejército por el coronel Plácido Casariego, jefe del Regimiento de Artillería, mientras el sub teniente Andrés Pérez manipulaba un proyectil, este proyectil hizo explosión, originando la catástrofe.

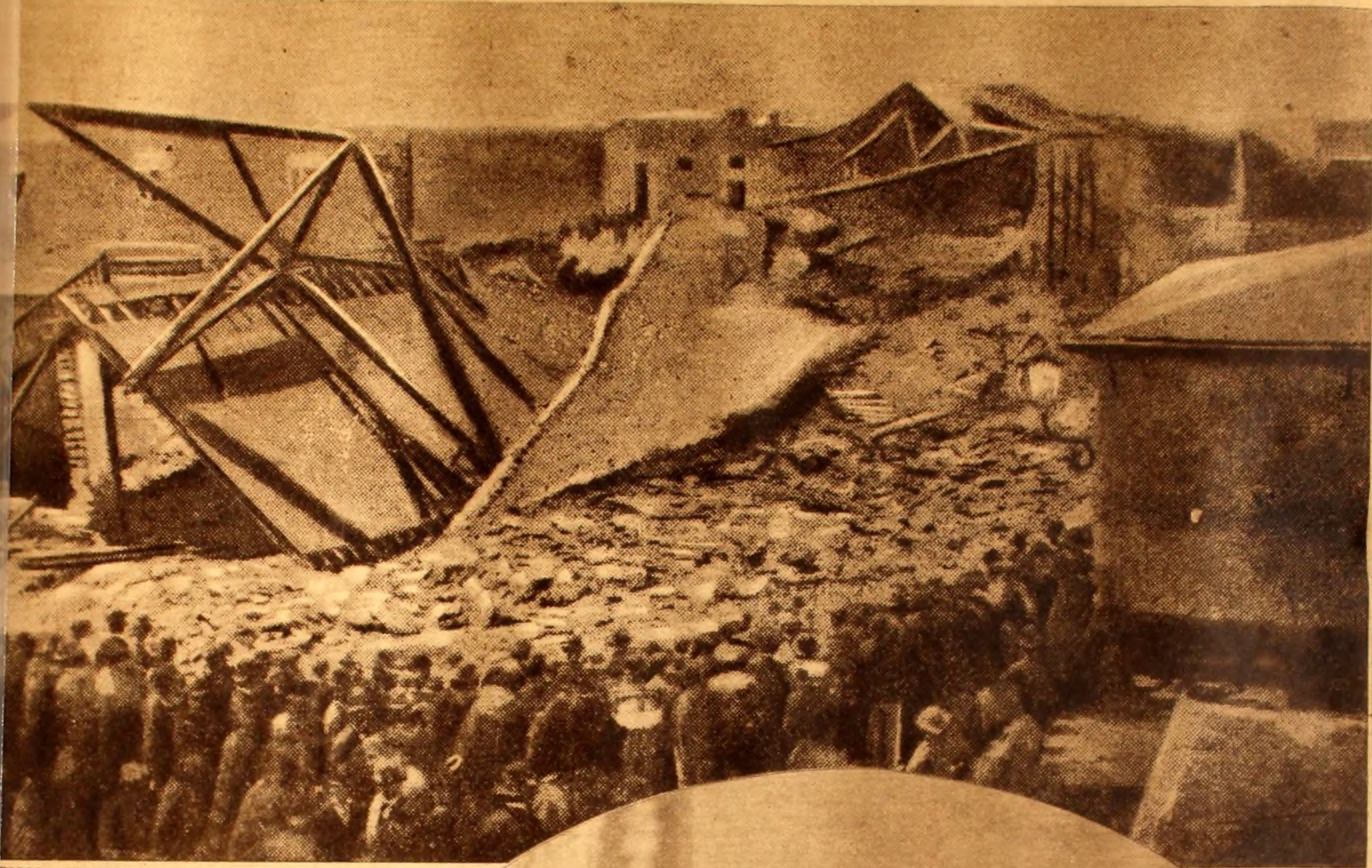
Los dichos de Casariego no tienen ahora que la palabra de un centinela a quien no se nombra "y milagrosamente salvado".



Un cutis "suave al tacto"

Antiguamente sólo algunas mujeres privilegiadas podían emplear en su tocador ciertas fórmulas. Hoy, todas las mujeres del mundo pueden disfrutar de uno de aquellos famosos secretos: la glicerina de almendra, que da propiedades maravillosas para el cutis no se vende jamás suelta.

En todas las farmacias pueden conseguirse ahora frascos económicos de 45 centésimos, legítimos como también los de mayor tamaño. La verdadera glicerina de almendra, que da propiedades maravillosas para el cutis no se vende jamás suelta.



GRAN AGLOMERADO EN LA ES-
QUINA DE LAS CALLES MERCEDES Y MI-
NAS CONTEMPLA EL TEATRO DE LA CA-
SASOFE. — Fotografía Bate y Cía. Mon-
tevidéo. (Colec. del Sr. Elías L. Devincenzi)

palabra de otros oficiales, la culpa
del subteniente Pérez no existía o,
en mejor caso, no había forma razonable
de atribuirle.

Independientemente de uno o de otro, la chispa
ocasionando un lamentable desastre.
Entre los trescientos hombres que componían
el regimiento — y descontando los
— todos, menos la segunda compañía
— se agruparon en el interior
del cuartel en el momento del siniestro.

Hacia mucho que dos escuadrones ha-
bían estado revista de armamento en la pla-
za de armas y entrado a las cuerdas donde
con los demás compañeros ocupábanse
en hacer lo necesario para el ejercicio de
lo que debía tener lugar al día siguiente
en el campo de Punta Carreta. A los coman-
dantes de compañía se les tenía ordenado
revisar los cartuchos y proyectiles necesi-
arios para quinientos disparos.

Distribuidos en distintos trabajos, las
compañías que no manipulaban balas o pólvora,
como banderas, alíanaban arreos o armaban
carabinas para los blancos.

En esa tarea del 9 de Noviembre, a la
medianoche y 30 una tremenda explosión con-
cibió las raíces del edificio y las de las ca-
maras redundantes dentro de prolongado radio
de las cuerdas del cuartel — que compren-
día altos y bajos — cayeron al suelo, hun-
diéndose con estrépito los techos de pizarra.

La parte del edificio que daba so-
bre la calle Minas quedó en escombros.

Las paredes se abrieron cayendo para
adelante otro lado.

Las fotografías que ilustran mi relato
muestran bien la magnitud del estrago. No-
tas de plena actualidad, tomadas
por operadores de la famosa fotografía
Bate y Cía., hoy constituyen también —
— notas de una rareza singular.
No he visto otras, nunca, fuera de éstas.
Pertenecieron al señor Don Elías L. De-
vincenzi, ilustrado y meritorio compatriota
paracaidista, y las que figuran en mi co-
lección.

El coronel Casariego, presente en la ma-
ñana del cuerpo al producirse el siniestro,
fue como primera providencia "hechar
a formar la guardia".

Imposible fué en los primeros momentos
formarse una idea aproximada de la magnitud
del desastre ni del número probable de víc-
timas.

Una nube de polvo blanco envolvía las
ruinas y en la medida que este parecía disi-
parse un poco se le aditó el humo del incen-
dario consecutivo a la explosión.



CORONEL PLACIDO CASARIEGO, JEFE
DEL REGIMIENTO DE ARTILLERIA, EN
1877. — Fotografía Bate y Cía. Monte-
vidéo. (Colección del autor)

La angustia de que el fuego alcanzara a
los armerones llenos de granadas, aumentaba
al sentirse por instantes nuevos estallidos
aislados.

Importaba la amenaza un peligro gravi-
simo para los trabajos de salvamento, pero
asimismo, desafiando los riesgos con ánimo
decidido dióse principio a la humanitaria
tarea.

Audió al cuartel de los primeros el pro-
pio Dictador Lorenzo Latorre, con sus mi-
nistros de Guerra y Gobierno, coronel Eduar-
do Vázquez y José María Montero, respecti-
vamente.

Los heridos depositados en coches del
tranvía del Buceo, seguían por Colonia ha-
sta Andes donde se les trasladaba al tren
Oriental que los conducía hasta el Hospital
de Caridad — hoy Maciel.

Porción de heridos presentaban lesiones

de la más extrema gravedad, según pudieron
comprobarlo en un primer examen rápido el
Cirujano Mayor del Ejército Dr. Carlos Ma-
ría Querencio (emigrado político entrerri-
ano protegido de Latorre), el Dr. Méndez,
ministro de Relaciones Exteriores y el doc-
tor Fleury, aventajado cirujano.

Confirmando el pronóstico facultativo,
esa misma noche fallecieron cuatro de las
víctimas. El primero de todos fué el subte-
niente Pérez, único oficial que figura en-
tre los muertos.

"El Regimiento de mi mando con las
pérdidas de tantas vidas y materiales, ha
sido enteramente destruido", oficiaba Casa-
riego al día siguiente.

El Dictador sin ningún motivo que pu-
diera cohonestar siquiera la característica
prepotencia del mandón, dispuso sin embar-
go "que dentro de ocho días a más tardar se
verificara en Punta Carreta el ejercicio or-

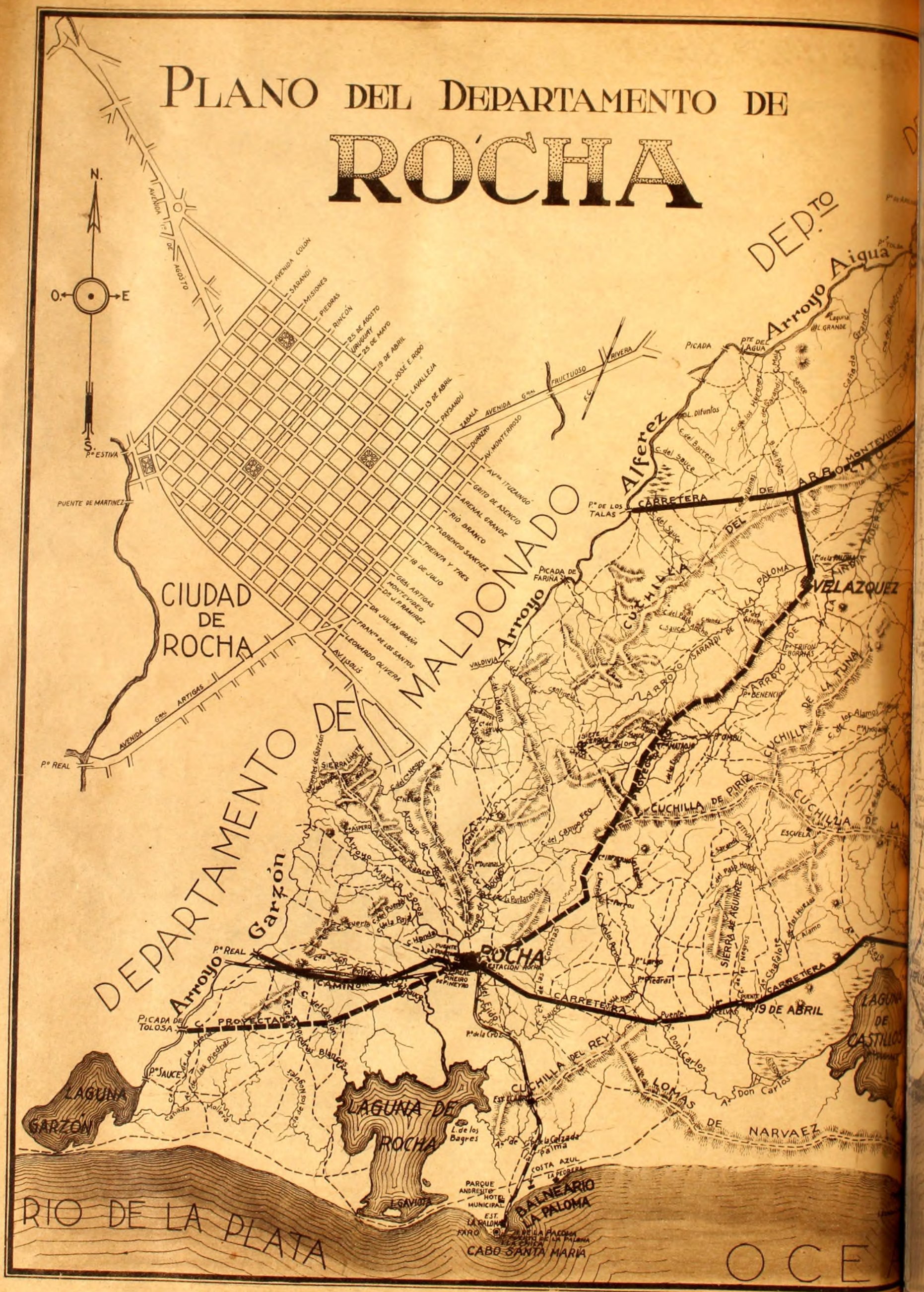
denado".

¿A qué semejante orden? ¿Qué finalidad
útil podría perseguir?

Ninguna, como no fuera hacer sentir en
dolorosas circunstancias el chequeo de su
látigo.

Volver a filas hombres que necesitaban
curaciones más largas, abreviar la licencia de
tantos derrengados, provocar una complicación
en un convaleciente y hacer que los ar-
meros del Parone "echaran los brazos" traba-
jando día y noche para reparar a toda costa
el enorme material deteriorado.

Jos. Fernández Saldaña



Plano del departamento de Rocha, obra de nuestros ferrocarriles, y cuanto detalle puede ser útil al comercio



afo G. Soler, con caminos carreteros, vías de comunicación,
oso al turista.



Sociedad

Sra. María Elena E. de Requena Cordero.

FOTO DE LA AC-
TUAL EXPOSICIÓN
DE Marchese
EN EL PALACIO
DE LA MUSICA.



Lta. Maruca Puxareo
de los Santos.

es una foto por frangella hnos.



LA CATEDRAL VISTA DESDE EL CONGRESO



EN EL FONDO, EL
EDIFICIO DE LA
ENCARNACION



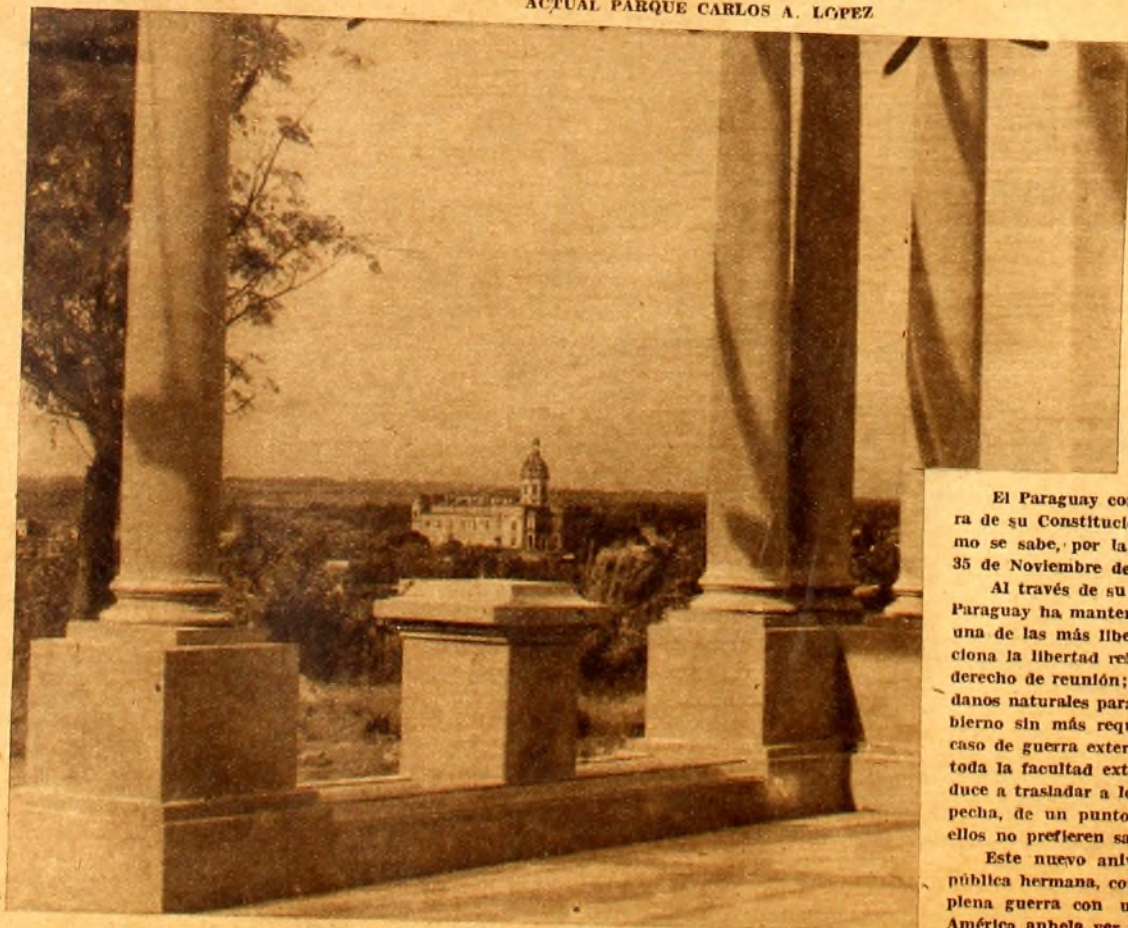
JARDIN BOTANICO. EN EL FONDO, LA
REPRODUCCION DE LAS RUINAS DE
HUMAITA

ANTIGUO CEMENTERIO DEL MANGRULLO.
ACTUAL PARQUE CARLOS A. LOPEZ



PLAZA DEL CONGRESO

VISTA DEL PARQUE
CABALLERO



El Paraguay conmemora una vez más la jura de su Constitución Nacional, sancionada, como se sabe, por la Asamblea Constituyente, el 35 de Noviembre de 1870.

Al través de su agitada vida democrática, el Paraguay ha mantenido intacta su Constitución, una de las más liberales de la época. Ella sanciona la libertad religiosa y de la enseñanza; el derecho de reunión; la elegibilidad de los ciudadanos naturales para los cargos electivos del Gobierno sin más requisito que la idoneidad. En caso de guerra exterior o de conmoción interior, toda la facultad extraordinaria del P. E. se reduce a trasladar a los ciudadanos caídos en sospecha, de un punto a otro de la República, si ellos no prefieren salir del país.

Este nuevo aniversario sorprende a la República hermana, como en los dos anteriores, en plena guerra con un país vecino, guerra que América anhela ver terminada cuanto antes.

Soldadura
autógena
por el sistema
ORIGINAL MÜLLER

HOESCH
AUTOMATICO
CABLE LARGO

HENRI NIGER

LAS NOTABLES INTERPRETACIONES

ROBERT LYNEN EN "POIL DE CAROTTE"

A L lado del rostro huraño de Jackie Cooper — cejijunto y duro para el contraste expresivo, — este rostro largo de Robert Lynen destaca una vasta gama de matices que sólo están reclamando libertad. La labor de Lynen en "El pecoso" y la anterior en "El pequeño rey" demuestran que hay en este niño-intérprete una calidad extraordinaria. No se puede hallar par a esa escena tirante de angustia, en que el torturado "Poil de Carotte" lucha con la tremenda angustia prescinda, con ese horror carnal al sufrimiento para cuyo desprecio no se ha hallado fuerzas en la naturaleza humana. Rostro de fiebre interior el del muchachito, afilado de fiebre y de miedo, con unos ojos vagos y unas sienes apretadas y unos labios sin redondez. Este niño, cuando se ríe, parece pedir disculpas, como si hubiera cometido una falta grave. Y no es la impresión de la interpretación suya, del infante sufrido, constreñido, la que nos sugiere este juicio. Es que así surge de toda su labor escénica. Obsérvese qué risa de ahogo, qué risa de corto aliento, la risa de Lynen. Hay artistas que no saben reír — Greta Garbo, — recordemos el abominable falsete de "Reina Cristina" — o Clive Brook. Del mismo modo, el actorcito francés, que tiene el gesto pícaro cuando lo requiere el trance interpretativo, y el gesto hosco, también, pero a quien le falta la máscara limpia de la sonrisa. En trueque, tiene la del drama, estereotipada: la del dolor, ya violento, ya fiero, ya resignado. En esas expresiones está la temática interpretativa de Robert Lynen. Y tan es esto así, que sus escenas más logradas son aquellas en que se intuye el guiño del director, pero no la pasión, ni el estudio, ni la guía. Los primeros planos de este adolescente son de un vigor incomparable. Aprietan la emoción del espectador como un dogal al cuello. Duvivier ha extraído de su intérprete casi todas las posibilidades, aun en escenas de notoria falsedad, incómodas para cualquier intérprete. Lástima, empero, que las exigencias de los dos papeles que le fueron asignados obliguen al actor a encuadrarse en momentos que no corresponden a su temperamento. Es en esos momentos donde se aprecia sin dificultad la cohibición de Robert Lynen, acorde con su manera de ser. Se halla a su gusto en el drama, no en la comedia; en la alta tensión, no en la naturalidad cotidiana. La marcha nupcial de "El pecoso", de una grácil ternura, no contrasta este juicio, porque Duvivier la realza prescindiendo de los intérpretes. Sobre el futuro del joven actor nada se puede aventurar. De pronto, mañana no más, le crecen un poco más las piernas flacuchas, y Robert Lynen concluyó para el cine. Pero dos interpretaciones le bastan para nuestro recuerdo.

INKIJINOFF EN "LA CABEZA DE UN HOMBRE"

C UANDO apareció en la pantalla, por primera vez, este rostro mongólico de Inki-jinoff, en "Tempestad sobre el Asia", se pudo tener la sensación clarísima de un gran actor dramático. Si bien el personaje encuadraba en la personalidad física del hombre, había algo más, en el actor, sobrepasando el personaje: una como resolución racial, indómita, sin ceguera instintiva, con un aplomado razonar de civilización vieja. Había en el caudillo violento de aquella obra grande de la cinematografía, como un pedazo de alma de pueblo. Impresión ratificada luego en "La batalla". Inki-jinoff — máscara de rasgos abotagados, ojos de almendra, helfos orientales, cabellera hirsuta — podía encerrar en su rostro frío de japonés todo el ancestro del Celeste Imperio, sin que el maquillaje perfecto mostrara el "metier" y la composición. Hasta que una tercera película para un trabajo de nuevo en primer plano — el torturado asesino de "La cabeza de un hombre" — vuelve a presentarnos el Inki-jinoff que escapa a su personaje, para colocarse en categoría de símbolo vivo. No es un asesino más el del gran intérprete: es un hombre de la masa, un ruso expatriado, un paria anárquico, insocial y con ese fondo de equivocado lirismo peculiar de la raza sufrida el que nos presenta Inki-jinoff. En este sentido, el encuadre que Duvivier hace del rostro de su actor, cuando éste escucha la canción lejana, es un alarde interpretativo magnífico. El gesto agrio, bestial, del asesino, se va dulcificando sin un visaje casi, con la sola distensión de los músculos y con la mirada que se torna, insensiblemente, mansa, recóndita. Pero hay en Inki-jinoff el actor íntegro, en el ademán, en el andar, en la intención con que dice y en esa difícil síntesis del trabajo cinematográfico, que va eludiendo como cosa mortal para el arte toda exteriorización que no sea la apenas indispensable. Lástima que una escena cortada sin necesidad haya restado al público quizá el más intenso momento de la interpretación de Inki-jinoff en "La cabeza de un hombre", momento en que se da, unida, lo que en el actor no es esfuerzo dramático, sino pasmosa personalidad propia, representativa, racial.

Poil de Carotte en una impresión de AMANDA LUCIA



GENEVIEVE TOBIN SIGUE LA COSTA CALIFORNIANA PEDALEANDO ENTUSIASTA LAS HELICES DE SU DESLIZADOR. — GARY COOPER Y SU ESPOSA SANDRA SHAW ASISTEN A UN MATCH DE TENNIS. — EVELYN VENABLE EN EL CRUCE VÍZLOZ DE LAS AGUAS QUE DESCIENDEN DE LAS MONTAÑAS PARA FORMAR EL LAGO ARROWHEAD. — MAURICE CHEVALIER ACEPTA

UNTE A NORMA SHEARER, A QUIEN ACOMPAÑA SU GALÁN, FREDERIC MARCH. — GLORIA STUART CON ARTHUR SHEEKMAN, UN AUTOR DE ARGUMENTOS QUE ES SU ESPOSO DESDE JULIO. — WARNER OLAND, HABITUAL CHAN, INTERRUMPE EL TENDIDO DE DRUE LEXTON Y LA CHARLA DE DONALD WOODS PARA ACOTAR FESTIVAMENTE UNAS LINEAS DEL LIBRETO QUE ESTUDIA.



En París no hay morochas

Toda mujer dispone hoy de un método maravilloso, llamado "método de 3 días". Consiste en aplicarse en casa durante este tiempo la manzanilla Verum, como una simple loción y el resultado es seguro. No daña el cabello por lo que se aconseja mucho a los niños y da colores claros o el rubio dorado, perfectos y uniformes. Después se usa una vez por semana.

MIRUINA

Por ARRIQUIBAR

IV



TODO el mundo sabe que mis humildes medios de vida los había ganado yo a pulso, con mi trabajo honrado. Todo el mundo sabe que mis pobres medios de fortuna no me los había legado ningún tío de América, ni una veleidad de la Lotería. Nunca robé, jamás me vi favorecido por la suerte, ni presté con usura, ni jugué en Bolsa, ni en el frontón.

En fin: todo el mundo puede comprobar que cuanto constituía mi humilde pecunio, mi parco modus vivendi que era, más bien, un modus "tirandi", vino a mis manos por procedimiento tan enojoso y honesto como es el de trabajar un día tras otro, con probidad y sin interrupción.

Tenía mis ahorrillos. Todo el mundo tiene sus ahorrillos por si alguna vez se decide a ponerse enfermo, a veranear en un balneario o a pagar sus deudas. Todo el mundo debe tener sus ahorrillos por si se decide a dejarse despojar de ellos por alguien. Yo tenía unas pesetitas, muy pocas, a la disposición de una eventualidad imprevisible o de una veleidad costosa.

Lo que no había pasado por mi imaginación es que pudiese llegar a la ruina por un perro.

Verán ustedes.

II

Mi aspiración había sido siempre alejarme del mundanal ruido donde mis nervios estaban constantemente al borde de la quiebra fraudulenta. Mi ama naufragó hace tiempo en el presentimiento de una vida ideal que descartaba la ciudad y consagraba al campo. Gallinitas, patitos, conejitos, abejas que segregan rica miel, vacas que producen nutritiva leche, encinas que proporcionan magníficas bellotas y tal cual cerdito que produce un hedor insoportable.

Llegué a vivir en el campo y satisficé una de mis más acariciadas ilusiones.

A las gallinitas, a los patitos y a los conejitos tuve que añadir los mosquitos, que estaban fuera de programa; pero que se metían dentro de mis habitaciones.

Pero lo interesante era aquella conquista del derecho al reposo en la que me regodeé anticipadamente durante muchos años, cuando el norte de mis aspiraciones consistía en emanciparme del barullo urbano, origen de los peores males.

Dormía como pudiera dormir cualquiera otro hombre que tuviese la conciencia tranquila y me recreaba en la contemplación del trozo de la Naturaleza que se extendía ante las ventanas de mi casa.

Pero he aquí que, cuando tenía el convencimiento de haberme merecido tanta dicha, una noche me aconteció que me fué imposible conciliar el sueño. Los grillos y las cigarras, bajo el peso del calor vernal, cantaban su monótona salmodia, mientras los klin-kiones y las ranas ponían en la noche el agrior de sus ruidos. La naturaleza me brindaba todas las noches del estío ese arrullo para que me durmiese más en mi ambiente. Y aquella noche vino a ser turbada mi felicidad por la estridencia de un ladrido.

—¡Maio!—pensé—. Algún ladrón ronda la casa.

Escuché atentamente y un nuevo ladrido se sobrepuso a todos los ruidos de la noche vernal.

El ladrido, en verdad, era enteramente nuevo. Había en torno a mi casa algunos perros; pero tan comedidos, tan bien educados y tan silenciosos, que parecía como si estuvieran perfectamente penetrados de la trascendencia de su papel de guardianes del sosiego de sus amos y como si no quisieran turbar este sosiego por nada del mundo. Aquel ladrido que turbaba mi reposo era completamente clandestino, y lo peor, mil veces peor que su clandestinidad, es que era estridente, hiriente y persistente. Y peor aun que todo esto fué que los perros del contorno, a guisa de réplica, formaron un fenomenal coro de ladridos a cuyo arrullo era imposible pagar ni un solo ojo, así se apelase para ello al "sindeticón".

III

A la mañana siguiente mi convecino más próximo, al cruzarse conmigo en su paseo matinal, me dijo en tono en el que difícilmente se disimulaba el enojo:

—¡Nos ha dado la noche su perrito de usted!

¿Mi perrito?—exclamé con el más sincero asombro. ¡Si yo no tengo ningún perrito!

—Pues de su huerta venían los ladridos—me aseguró mi interlocutor dando por zanjado el diálogo.

Mis demás vecinos, más o menos próximos, insistieron en el reproche y me dispuse a escuchar aquella noche misma y ver si el azar querían que el mismo pe-

rrero volviera a turbar mi sueño y el de mis convencinos.

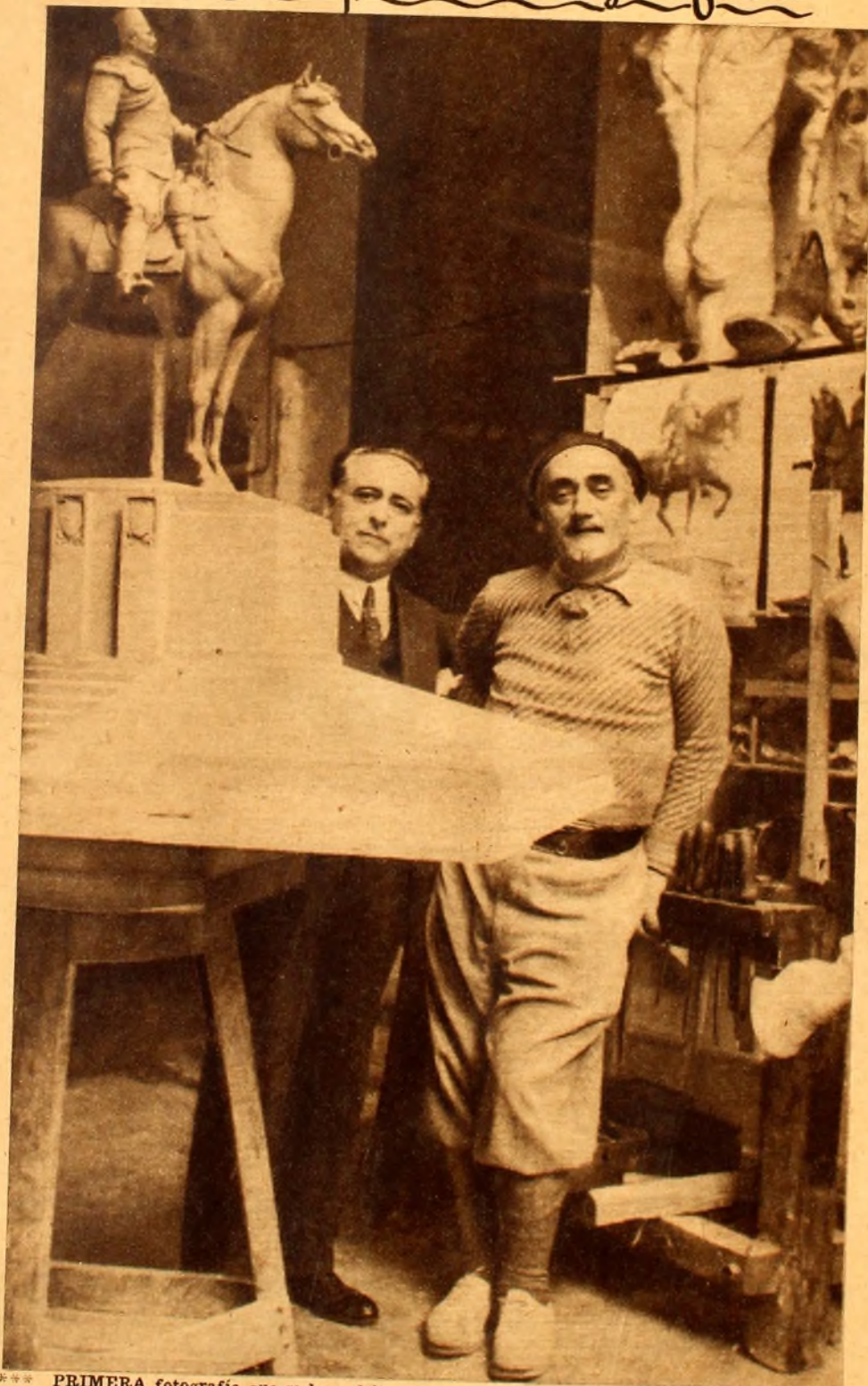
El azar quiso, en efecto, que aquella noche se repitiese el caso de la víspera. El perrito clandestino volvió a ladrar con su ladrido hiriente, tajante y persistente, y los demás perritos se creyeron en el caso, por solidaridad o por lo que fuese, de reforzar aquel ladrido que apenas si necesitaba refuerzo alguno para ser una tortura.

Mi mesilla era como todas las mesillas. Sobre su tapa de cristal había una botella con agua y un vaso con polvo. Empecé por el vaso. Lo cogí, me asomé a la ventana, escuché para localizar la procedencia de los ladridos y proyecté aquel cuarto kilo de vidrio hacia lo desconocido. Un aullido espantoso me demostró que no había estado mal de puntería.

A la mañana siguiente tuve que aceptar, ante la faz amenazadora de uno de mis vecinos, el pago de una pata de su

perro, destrozada por el vaso de mi mesilla de noche. Mil pesetas. Desde entonces no comprendo cómo pueden ganar dinero las compañías aseguradoras que indemnizan a las gentes de sus deterioros personales. Y téngase en cuenta que el vecino airado, fundándose en la magnífica reputación de perro discreto que tenía el suyo, quería que se lo sustituyese por otro nuevo.

Una primicia gráfica



*** PRIMERA fotografía que se hace del boceto, aún no terminado, que Zanelli presentará al concurso para erigir en el Cairo un monumento al Rey Fuard de Egipto. Aparece al pie del boceto, con el escultor Angel Zanelli, nuestro compañero Julián Nogueira al que debemos esta primicia gráfica del proyecto de monumento que todavía no ha terminado Zanelli. Es lástima que las dimensiones de la fotografía—escriba nuestro colaborador—sea un poco pequeña y no pueda apreciarse bien la fuerza extraordinaria del caballo, cuya cabeza me parece un modelo lleno de vida que palpita y respira, y que es una síntesis, como en general son los caballos que Zanelli crea. A pesar de ser Zanelli quién es y de haber reali-

zando esa obra maestra que significa el caballo de Artigas, lo hallé con quince libros de anatomía y de arte, y con no sé cuántos esqueletos alrededor de él, pues—como él dice—aunque se viviera 200 años, no se acabaría de aprender y de observar nuevos detalles en la plasticidad generosa del noble bruto. Las bases del concurso para el monumento al Rey Fuard se parecen mucho a las del de Artigas, de modo que el boceto tiene que ser presentado en un tamaño determinado y sin libertad alguna de concepción, pues debe aparecer como si estuviera el Rey Fuard revirtiendo a sus tropas. Esto explica la actitud de reposo en que el caballo se encuentra.

Pasaron varias noches sin que el perrito fantasma cesase en sus aullidos. Temeroso de nuevos y costosos errores, al principio, insistí en lanzar contra los ladridos nuevos proyectiles, pero la primera equivocación era altamente alarmadora; pero no pude sustraerme a la tentación.

Dispuesto a que pasase lo que pasase arrojé por la ventana en distintos momentos y con la misma velocidad de cometa desbocado todo lo arrojadizo que encontraba a mano.

La botella, un despertador viejo que se desmenuzó en el aire, regando el trayecto de piezas que, por cierto, no eran de relojería; una pesada bota de mero en tachuelas; un pisapapeles de cristal y hasta un recipiente, generalmente blanco, que dicen que inventaron los etruscos para evitar tener que salir del dormitorio durante la noche.

De mi habitación me fui al tocador. Todos los frascos fueron saliendo ordenadamente por la ventana después de haber sido acariciados con delectación moribunda por mi mano, que se crispaba de placer al apreciar en ellos su forma de artefacto.

Tiré todo lo que tuve a mano y lo que no tuve a mano lo puse a mi alcance.

Fué algo así como arrojar la casa por la ventana. Sólo muchos años después me he convencido que hay algo mucho más inútil que ladrar a la luna. Y es algo más difícil es apedrear al perro que ladra a la luna, cuando ese perro está dotado de la desconcertante facultad de que estaba investido mi verdugo.

Nadie sabía de qué perro se trataba. Todos me aseguraban indignados que los perros eran modelo de decencia, de buenas costumbres, de hábito morigerado, y, como el hidalgo de la Mancha, buenos madrugadores y amigos de la casa. Los eran perros intachables, alguno tan eficiente como el de aquel arquitecto que vivía dos fincas más allá de la mía, que hizo a su chuchó una magnífica gara que, por cierto, se vino abajo cogida entre sus escombros y triturándola siempre el prestigio de su constructor, aunque lo interesante fué que el perro se salvó.

Yo caminaba derecho hacia la decencia por la ruta segura de la desesperación.

Un día le dije a mi oriada que la lechera no trajese más leche. Al mismo tiempo le di para pignorar mi reloj de oro, encargándole que con su importe me trajese frascos para reponer los que había quitado del tocador.

Al mes empecé a desprenderme de muebles ociosos, aunque, a decir verdad, para mí era ocioso ya todo lo que no fuese vergarme del perrito.

Poco después el inmenso ejército de los parados aumentaba al enrolarse en mi criada. Le liquidé su cuenta, le di una propina y un abrazo, y con lágrimas en los ojos nos despedimos hasta la eternidad, donde no sé si llegaremos a encontrarnos, porque ella es muy atolondrada y se pierde en las aglomeraciones.

Me quedé sin criada y sin muebles; pero yo continuaba apedreando el vacío de las noches con frascos de mi tocador.

Y el perro fantasma persistía en sus ladridos, a cuyo conjuro se animaban los demás perros y se armaba la anaforía más espantosa de que se tenga noticia.

Nadie sabía dónde estaba ni de qué era el perro fantasma. Sin embargo, tardaron todos poco en averiguar que los acreedores me habían embargado mis últimos bienes, cuando ya estaba embargado por todos los males.

Me despojaron de cuanto tenía y quedé en medio del campo.

Por primera vez en mucho tiempo fui feliz. Cuando hube vencido a mis trabajosas cavilaciones caí en brazos del sueño como en los de una mujer adorada. Dormí aquella noche no sé cuántas semanas hasta que unos ladridos muy cerca de mi cabeza vinieron a despertarme.

Reconocí enseguida los ladridos y, a tientas, busqué una piedra cerca de mí, pero no he llegado a usarla. El perro fantasma ladraba graciosamente a mi alrededor, saltando con agilidad. Yo tenía la cara húmeda y salada.

En aquella madrugada el perro fantasma y yo nos hicimos amigos.

Yo soy un pobre paria, lo que se dice un desheredado de la fortuna; pero vivo contento con él. Es un buen amigo. Vivimos libres y ociosos y no reconocemos más obligaciones que aquellas que nos impone nuestro mutuo cariño.

175º aniversario del nacimiento de Federico Schiller



CASA DE SCHILLER, EN MARBACH



RETRATO DE SCHILLER

Se recuerda en estos días el 175 aniversario del nacimiento de Federico Schiller, uno de los genios de la humanidad, nacido el día 10 de Noviembre de 1759 en el pequeño pueblo de Suabia (Marbach). Su padre era cirujano del ejército, su madre hija de un panadero de la aldea. Cuando el niño tenía 3 años, la familia tuvo que trasladarse a Ludwigsburg, cerca de Stuttgart. Estudió Schiller teología y derecho, y más tarde se decidió por la medicina, graduándose en 1780, actuando desde entonces como médico militar. Un año después publicó "Los bandidos", obra dramática que le dio fama universal. El drama se estrenó el 13 de Enero de 1872 en el teatro de Mannheim, obteniendo grandioso éxito. Tenía Schiller 28 años. Para arriar al estreno no solicitó licencia de sus superiores, lo que le costó quince días de arresto, y la prohibición de seguirse dedicando a la literatura. Schiller prefirió dejar la carrera médico militar, pasando las naturales dificultades económicas. El 9 de Setiembre de 1788 conoce a Goethe. Su reputación le procura la cátedra de historia de la Universidad de Jena, donde el 26 de Mayo de 1789 dicta su primera conferencia, ocupando ese estrado durante 10 años. El éxito inicial fué acrecentándose a cada nueva obra del divino poeta, espíritu privilegiado que se apasó el 9 de Mayo de 1805, en Weimar. La amistad sincera de Goethe fué columna de sostén para el poeta, al que trató de liberar de toda preocupación y obstáculo a su obra. Luchador idealista, historiador de amplios horizontes, autor teatral de rara categoría, trabajador incansable hasta en los días más infelices de su vida, hizo exacta su frase lapidaria y eterna:

"...Si nunca arriesgais la vida no os la habréis ganado..."

Dr. JUAN SCHROEDER



CASA DE SCHILLER, EN WEIMAR

*Nicht ohne Hülfe, dem Leben
Dich zu geben, und dich
Consel der Pflanz zu geben
Auf den Morgenstern.*
*Gleich ein Reif der Luft
Dich zu geben, und dich
Consel der Pflanz zu geben
Auf den Morgenstern.*
*Ich geford das Hülfe,
Hilft ein Hülfe zu geben,
Das ist der Pflanz zu geben,
Auf den Morgenstern zu geben.*



RETRATO DE SCHILLER (joven)



LUISA CHARLOTTE, ESPOSA DE SCHILLER

TROZO AUTOGRAFO DEL POEMA "MAIT DEM PFEIL"



UNIVERSIDAD DE WEIMAR, EN LA QUE SCHILLER DICTO CATEDRA



TUMBA DE SCHILLER, EN WEIMAR

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EL FARAÓN ORDENA

CUANDO EL GRAN SACERDOTE PRONUNCIÓ LA SENTENCIA DE MUERTE DE HOTEF, SU MADRE Y EL HOMBRE MONO PROCURARON APELAR ANTE EL FARAÓN.



EL SACERDOTE CONTESTÓ: "TUTAMKEN HA PARTIDO PARA UN VIAJE LARGO, Y HAY QUE APLACAR LA IRA DE MOLOCH EN SEGUIDA. PERO EL SABIA QUE EL FARAÓN PRONTO ESTARÍA DE VUELTA Y TEMÍA QUE SE DETUVIERA EL SACRIFICIO."



LAS VICTIMAS FUERON CON-
DUCIDAS RÁPIDAMENTE AL SA-
CRIFICIO. EN EL MISMO MO-
MENTO QUE LAS ROJAS MA-
NOS DE MOLOCH DESCENDIAN
PARA ASIRLOS.....



... TUTAMKEN LLEGABA DE RETORNO AL TEM-
PLO A REPETIR LAS ORACIONES DE FIN DE VIA-
JE.



"MAS RÁPIDO, MAS RÁPIDO,"
GRITABA EL GRAN SACERDOTE
A LOS QUE MANIPULABAN LAS
GRUESAS CADENAS QUE MOVIAN
LOS BRAZOS DEL ÍDOLO.



SAPELLI SUS VINOS SON EXQUISITOS
PRUEBE EL CHAMPAGNE
Los vinos nacionales nada tienen que envidiar a los extranjeros

PERO TARZÁN VIÓ AL FARAÓN Y LANZÓ EL GRITO QUE
EN LA SELVA SIGNIFICABA PEDIDO URGENTE DE AYUDA.
TUTAMKEN RECONOCIÓ A SU AMIGO Y CORRIÓ A DE-
TENER EL SACRIFICIO.



ENTONCES TARZÁN CONTÓ COMO "CAIGA SOBRE MÍ
HABIA RESCATADO A NIKOTRIS, Y LA CULPA DE
PEDIA EN COMPESACION QUE SE ELLOS!"
CONMUTARA LA PENA A HOTEF Y A
RANOON, DICIENDO:



TUTAMKEN CONTESTÓ: "EL DINERO QUE YO OF-
CI POR NIKOTRIS, MI HERMANA, FUE ARREBA-
DO POR LOS BANDIDOS. RECUPERADLO, TARZÁN.
TODOS VOSÓTROS SEREIS PUESTOS EN LIBERTAD."



DOS SOLDADOS DE LA GUARDIA PERSONAL DEL
FARAÓN FUERON DESIGNADOS PARA ACOMPAÑAR A
TARZÁN EN SU PELIGROSA MISIÓN, PERO.....



... EL GRAN SACERDOTE, RECORDANDO EL DESTINO DE SU
ANTECESOR A MANOS DE TARZÁN, DESTACÓ A TRES ESPÍAS
DEL TEMPLO EN SU SEGUIMIENTO, CON ORDENES QUE TARZÁN
NO DEBIA VOLVER VIVO."